

había dado oídos á ninguno de sus consejos, ni siquiera había pensado en ofrecerle el cordon azul, que se apresuró á dar al príncipe regente de Inglaterra, hasta le había negado la pairia que pidió para Mr. de Caulaincourt, y oponia en fin obstáculos casi ofensivos al matrimonio del duque de Berry con la gran duquesa Ana. Con ira y con muy poca discrecion enumeraba el emperador Alejandro estos agravios, y hallábalos todos oscurecidos por la actitud que Mr. de Talleyrand acababa de tomar tan de repente en Viena. De continuo aplicado el prudentísimo conde de Nesselrode á apagar las llamas que encendian otros, hubiera querido calmar al emperador Alejandro respecto de todo el mundo, pero particularmente respecto de Francia, cuya alianza estimaba singularmente. Así aconsejó á Mr. de Talleyrand que pidiera una audiencia al emperador de Rusia. Este paso casi era un deber al llegar á Viena, además era del gusto de monsieur de Talleyrand, más dispuesto á ensanchar su papel que á restringirlo. Efectivamente pidió la audiencia, pero Alejandro se la hizo esperar muchos dias. Al fin respondió el czar, y recibió á Mr. de Talleyrand en el palacio imperial de Schoenbrunn, donde se hallaba establecido. En vez de mostrarse afectuoso y familiar como de costumbre, acogió á Mr. de Talleyrand con altivez no embarazosa para el diplomático ilustre, maestro consumado en el arte de conservar su posicion ante los potentados de la tierra. Le hizo bruscas preguntas, y unas tras otras sobre el estado de Francia, como hombre que no aguardaba muy buenas nuevas de lo que allí sucedia, y que no estaba muy penetrado de que Europa hubiese tomado el mejor partido

al volver á llamar á los Borbones. Mr. de Talleyrand respondió con respeto, si bien con firmeza, á las preguntas del emperador Alejandro, y empeñóse este diálogo sofrenado. «¿Cuál es la situacion de vuestro país?—Muy buena, señor, tal cual la podia desear V. M., mejor que se debia esperar. —¿Y el espíritu público?—Se mejora de dia en dia. —¿Y el progreso de las ideas liberales?—En ninguna parte es mas regular, ni más efectivo. —¿Y la imprenta?—Es libre, salvo algunas restricciones indispensables en los primeros tiempos. —¿Y el ejército?—Excelente... Ciento treinta mil hombres tenemos sobre las armas, y hasta trescientos mil podemos juntar á la vuelta de un mes. —¿Y los mariscales?—¿Cuáles, señor?—¿Oudinot?—Es adicto. —¿Y Soult?—En los primeros momentos mostró disgusto; se le ha dado el mando de la Bretaña, está satisfecho y acredita grande adhesion. —¿Y Ney?—Sufré de resultados de la pérdida de sus dotaciones, pero de V. M. depende que tenga fin su sufrimiento. —¿Y vuestras Cámaras?... se dice que no están unidas con el gobierno. —¿Quién ha podido decir á V. M. tal cosa?... Algunas dificultades hay, como sucede á los principios en todo, pero, al cabo de veinte y cinco años de revoluciones, es milagroso haber llegado en algunos meses á una calma como la que gozamos. —¿Y vos, estais contento de vuestra posicion?—Señor, la confianza y las bondades del rey sobrepujan mis esperanzas.» A cada una de estas respuestas, que apenas le daba tiempo de acabar, se veia asomar una expresion de incredulidad irónica en el rostro del emperador Alejandro. Abandonando de seguida esta especie de interrogatorio sobre el estado de

Francia, que terminara por ser ofensivo, si con su altivez respetuosa no corrigiera Mr. de Talleyrand cuanto su papel tenia de embarazoso, le dijo el emperador vivamente. «Hablemos de nuestros negocios. ¿Los llevaremos á cabo?—De V. M. depende, respondió Mr. de Talleyrand, terminarlos para mayor gloria suya y en mayor ventaja de Europa.» —No pudiéndose contener apenas, manifestó el czar tanta sorpresa como desagrado de la resistencia que encontraba de parte de Francia, y dijo á Mr. de Talleyrand. «Me parecia que los Borbones me eran deudores de algo.» Sin poner en duda las obligaciones del soberano á quien servia respecto de Alejandro, le habló Mr. de Talleyrand de los derechos de Europa, que importaba respetar y especialmente despues de derrocar á un hombre, á quien se acusaba de haberlos hollado todos. «Yo no conozco esos derechos de Europa, respondió Alejandro, qué ideais para oponérmelos ahora. Entre potencias los derechos son las conveniencias de cada una. Yo no admito otros.» Entonces Mr. de Talleyrand exclamó volviendo el rostro y levantando las manos por encima de su cabeza. «¡Infeliz Europa! ¡Infeliz Europa! ¿Qué va á ser de ti?...» Más irritado el emperador que contenido por esta exclamacion significativa, le dijo con un tono que Mr. de Talleyrand jamás le habia conocido. «Pues bien, si es asi, ¡la guerra! ¡la guerra! Doscientos mil hombres tengo en Polonia, que vayan á echarme... Además tengo el consentimiento de todas las potencias, solo me oponéis dificultades los franceses, y rompeis un acuerdo próximo á ser general.» Durante el imperio habia tenido que sostener Mr. de Talleyrand las acometidas de

un leon harto más formidable que Alejandro. Se mostró mas afligido que turbado de los arrebatos del czar; le respondió que Francia no deseaba ni temia la guerra; pero que si era forzoso hacerla por desgracia, la haria esta vez por el mantenimiento de los derechos de todos, ayudada de la simpatia universal y de los auxilios de muchos aliados, por tener la certidumbre de que el acuerdo, de que se lisonjeaba el emperador, no existia. Despues de esta penosa entrevista, inclinándose Mr. de Talleyrand respetuosa aunque friamente, se dirigió hácia la puerta del gabinete imperial. Entonces se adelantó Alejandro, y le cogió la mano, pero con un movimiento convulsivo que revelaba su turbacion y su enojo.

En estas situaciones difíciles era en las que Mr. de Talleyrand no tenia rival para representar á una potencia; ciertamente si los verdaderos intereses de Francia estaban entonces junto al Elba y el Vistula, no junto al Rhin y los Alpes, jamás se la habia servido mejor ni con más arrogancia.

Dándose fiestas y hablando mucho se pasaron los últimos dias de setiembre. Al cabo era preciso reunir el congreso bajo una ú otra forma, en todo ó en parte. Los representantes de Rusia, de Prusia, de Austria, de Inglaterra, Mrs. de Nesselrode, de Hardenberg, de Metternich, Castlereagh, *los cuatro*, segun se les llamaba, llegados los primeros, y tanto más solícitos en ventilar entre sí los negocios cuanto parecia que se complicaban en mayor grado, se dedicaron á discurrir cual seria el método preferible para la celebracion del congreso, y secretamente se pusieron de acuerdo sobre el mejor á su juicio.

Los congresos más célebres de los tiempos pasados ofrecían ejemplares de índole muy diversa, y difícilmente aplicables á las circunstancias presentes. Nunca se habían visto reunidos los representantes de los estados todos para disponer punto ménos que del mundo civilizado, no solo como territorios, sino como constitucion. Los plenipotenciarios del congreso de Westfalia no habian tenido que ocuparse más que de Alemania, á la par que los plenipotenciarios llamados á formar el congreso de Viena, se tenian que ocupar primero de Alemania, despues de Europa, y hasta de ambos mundos. De consiguiente reunir los ministros de los diversos estados para deliberar en comun, era al parecer lo más fácil y más sencillo. ¿Pero cómo hacerles deliberar en comun sobre asuntos que tocaban á unos esencialmente, y á otros de una manera accesoria? ¿Cómo hacer deliberar, por ejemplo, á Berna sobre Portugal, á Portugal sobre Noruega, y á uno y otro estado sobre la constitucion de Alemania y de Italia? ¿Cómo dar el mismo valor al voto de los que representaban cincuenta millones de hombres, y al voto de los que representaban un millon tan solo, y á menudo bastante ménos? Evidentemente esto era imposible, y no habia modo hábil de reunir á los plenipotenciarios de los estados en una especie de *constituyente* europea, dado que, si habia algunos, como los de Austria, de Prusia, de Francia, de Inglaterra, de Rusia, á quienes tocaban igualmente los intereses todos, grandes y pequeños, por el contrario los más representaban intereses demasiado ajenos unos á otros, ó mínimos de sobra, para tener un sufragio ilustrado y suficientemente proporcional sobre el conjunto. Ade-

más habia plenipotenciarios que desearian admitir unos y rechazar otros. Asi Prusia y Rusia rechazaban al ministro del rey de Sajonia, condenado de antemano por ellas, como habiendo merecido perder su corona; las dos casas borbónicas rechazaban al enviado del actual rey de Nápoles como representante de un usurpador, y nadie en fin queria admitir al investido en los poderes de la antigua república de Génova, por considerarse ya como no existente. Una reunion general y comun era pues imposible, y lo más natural parecia que los signatarios del tratado de Paris, que se habian citado para Viena, se apoderasen del papel representado por las potencias mediadoras en los congresos anteriores, y se constituyesen intermedarios, y en caso de necesidad árbitros entre los interesados. Asi los ocho signatarios del tratado de Paris podian abrir el congreso, examinar los poderes, formar para cada cuestion comisiones compuestas de los interesados principales, instituirse árbitros en los negocios difíciles, conducir de este modo las cosas á un ajuste, y despues de preparar tratados especiales sobre cada punto, fundirlos en un tratado general que firmarian sin excepcion todos los estados, para encadenar á la Europa entera á su obra. Verdad es que entre los ocho signatarios, dos, Portugal y Suecia, se iban á hallar investidos con el papel de grandes potencias, que no estaba en relacion con su fuerza efectiva, que lo deberian á la circunstancia accidental que les habia autorizado á título de beligerantes, para firmar la paz de 30 de mayo con Francia. Pero el inconveniente al cabo de todo no era muy grave, y se tenia la ventaja de apoyarse en un título legal

hasta cierto punto, haciendo intervenir á los ocho signatarios que habian convocado al congreso. Esta forma era evidentemente la única practicable, la única buena, á condicion, sin embargo, de que ciertas potencias no abusaran para arrogarse todo el influjo; y en efecto, fué preferida por los plenipotenciarios de Inglaterra, de Austria, de Rusia, de Prusia, ocupados en concertar secretamente entre sí la manera de proceder, y convinieron en esforzarse por hacer que prevaleciera entre los numerosos representantes de Europa actualmente reunidos en Viena. Resuelta así esta cuestion de forma, aun quedaban dos cuestiones sustanciales de gravedad suma, la distribucion de los inmensos territorios que habian quedado vacantes, y la constitucion definitiva de Alemania. Lo concerniente á Suiza é Italia tenia su importancia sin duda, pero importancia especial del todo é interesante casi exclusivamente á Francia, Austria y España. Se pensó que habria tiempo de resolverlo más tarde, cuando estuvieran zanjados los principales negocios. Así pues determinóse por los *cuatro*, que se haria tomar á los ocho signatarios del tratado de Paris la iniciativa de la apertura del congreso, y que de seguida se crearían dos comisiones, una para la distribucion de los territorios y los asuntos generales de Europa, otra para la constitucion de Alemania. La primera, destinada á ser la gran comision europea, se compondria ante todo de *los cuatro*, pero no era posible dejar de añadir la Francia, que representaba hoy la primera de las dos casas borbónicas, y á la España, que representaba la segunda, á la España, que se esperaba tener consigo, porque

era la España, porque tenia á Fernando VII por rey, y porque se sabia que las dos casas borbónicas se hallaban á la sazón indispuestas. Finalmente se convino en que, aun llamando por la forma á estas seis potencias á la gran comision europea, antes de someterles las cuestiones esenciales, siempre se cuidaria de decidir las secretamente *los cuatro*; medio seguro de conservar la direccion esclusiva de las cosas, compartiéndola en la apariencia.

En cuanto á los negocios alemanes, resolvióse confiarlos á Rusia y Prusia, que desempeñarian con relacion á ellos el mismo papel que *los cuatro* entendian desempeñar con relacion á los negocios europeos, y por consiguiente los decidirian en secreto las dos solas, y luego los someterian por la forma á las potencias alemanas de segundo orden, tales como Baviera, Wurtemberg, Hanóver, estado ya restablecido y constituido en reino á favor de la casa reinante de Inglaterra. Estando la Sajonia condenada más ó menos en el espíritu de *los cuatro*, y muy reducida en el espíritu de todos, no debia tomar parte en la comision alemana, como tampoco los dos Hesses aún no restablecidos, ni la casa de Baden, por no considerarse de bastante importancia para ocupar allí un puesto.

Tal fué el resultado de las primeras confidencias entre los ministros de las cuatro grandes córtes sobre la apertura y la forma del congreso, y particularmente sobre el modo de distribuir allí la influencia. Estraño era y aun irrisorio ver á los cuatro arrogarse así la soberania universal en virtud de un acuerdo que su codicia presentaba como imposible, y que debia saltar en pedazos á

la simple enunciacion de sus reciprocas pretensiones. Asi no habia por qué inquietarse formalmente de sus manejos. Sin embargo, tan luego como sus proposiciones, fueron no más que vislumbradas, para lo cual se necesitaron muy pocos dias, fué general la sublevacion á que dieron impulso. Todos los que se veian excluidos de las deliberaciones y recelaban que la exclusion fuera un medio para sacrificarlos, á una pusieron el grito en el cielo y preguntaron por qué todo lo querian hacer *los cuatro*, ni seis, ni ocho, y por qué en fin no se convocaba todo el congreso. Profundamente ofendida la legacion francesa de quedar fuera de estos acuerdos secretos y preliminares hizo cundir la idea de juntar el congreso todo, y esta idea logró fortuna entre los excluidos, que eran casi todo el mundo. Un celoso parcial halló en don Pedro Labrador, representante de España, hombre prudente, que á pesar de la mala inteligencia reinante entre las casas borbónicas de Madrid y París, no creyó conveniente llevar esta mala inteligencia á Viena, y quiso que las dos augustas casas tuviesen una misma actitud, una misma conducta, un mismo lenguaje, como que les tocaba defender los mismos intereses. En todo seguia á Mr. de Talleyrand, adoptaba sus ideas y repetia sus discursos. Asi bajo la influencia de la legacion francesa, y sobre todo bajo la influencia de los intereses alarmados, no se oia en los salones de Viena preguntar más que una cosa.—¿Cuándo se reunirá el congreso? ¿Cómo será convocado?

Reunirlo todo entero en el estado de los espíritus asustaba á *los cuatro*. No obstante fuerza era

dar alguna señal de vida, y en fin, decir algo á aquellos numerosos diplomáticos llegados á Viena ya hacia tres ó cuatro semanas, y en espera de una comunicacion sin fruto. Asi *los cuatro* resolvieron en conformidad del proyecto que ya tenian acordado, hacer que los ocho signatarios del tratado de París, tomaran la iniciativa, á lo ménos aparente, de las operaciones del congreso, y hacer tambien publicar por ellos una declaracion, en la que á tenor del artículo 34 de dicho tratado que convocaba á los plenipotenciarios de Europa á Viena, se anunciara que ya estaban allí todos; que se habia hecho un primer ensayo de las cuestiones que debian ser resueltas, pero que no se habia podido llegar á una cabal inteligencia; que de consiguiente se fijaba un mes de plazo, tiempo durante el cual se emplearian las comunicaciones oficiosas en hermanar los intereses, en conciliar las miras, y que transcurrido que fuese, se convocaria al congreso segun el método que se juzgara mas conveniente para revestir con una forma oficial y autentica las resoluciones adoptadas.

A tenor de este proyecto Mr. de Metternich citó á su casa, no ya á los ocho signatarios del tratado de París, sino á los seis plenipotenciarios principales, que con arreglo al plan acordado de antemano y secretamente, debian formar la gran comision europea, esto es, los ministros de Austria, de Inglaterra, de Rusia, de Prusia, de Francia, de España, para someterla la declaracion proyectada. Esta reunion debia tener un carácter puramente privado, como lo anunciaba la misma forma de las convocatorias, consistentes en billetes ó esquelas confidenciales, no habiendo de anunciar

otro deseo que el de entenderse entre sí acerca de una manifestacion ya indispensable. Se citó el 29 para el 30 de setiembre, con ánimo de que la declaracion llevara la fecha del 1.º de octubre y de fijar el plazo para el 4.º de noviembre.

Después de ponerse de acuerdo con don Pedro Labrador, se dirigió Mr. de Talleyrand á esta reunion de los ocho signatarios del tratado de París, reducidos á seis. Llegó el postrero con aquella actitud altiva y negligente que le era propia, con aquella insignificancia de rostro que apenas anublaba una ligera ironia. Juntos halló en casa de Mr. de Metternich y alrededor de una mesa, á Mr. de Nesselrode, por Rusia, lord Castlereagh, por Inglaterra, Mr. de Metternich, por Austria, Mrs. de Hardenberg y de Humboldt, por Prusia, don Pedro Labrador, por España, y finalmente, el célebre folletista de Gentz, encargado de redactar las actas. Sentóse entre Mr. de Metternich y lord Castlereagh como lo pudiera hacer en su casa, y luego con cierto aire de indiferencia preguntó cuál era el objeto de la reunion y en qué concepto era allí citado. Tomando Mr. de Metternich la palabra para satisfacer la pregunta del plenipotenciario francés, le dijo, que se habia pensado reunir á los gefes de gabinete para entenderse acerca de una declaracion que parecia, no solo oportuna, sino indispensable. «¿A los gefes de gabinete?» replicó Mr. de Talleyrand mirando á los asistentes; pero el señor don Pedro Labrador no tiene esta cualidad, ni Mr. de Humboldt tampoco.» Entonces Mr. de Metternich respondió con cierto embarazo que, no teniendo España mas representante que don Pedro Labrador en Viena, fuerza ha-

bia sido citarle, y que Mr. de Humboldt estaba allí para asistir á Mr. de Hardenberg, afligido de una profunda sordera. «Si las enfermedades son un título, repuso Mr. de Talleyrand, tambien yo pude venir acompañado.» Seguidamente preguntó por qué eran seis y no ocho, si á los signatarios del tratado de París se habia querido tener juntos, y por qué especialmente no se hallaban alrededor de la mesa todos los interesados en los negocios que iba á tratar el congreso, por qué, en suma, se iba á decidir por seis acerca de los intereses de todos.—Se le hizo presente que se trataba solo de una declaracion preliminar, conveniente con particularidad á los signatarios del tratado de París, como promovedores de la formacion del congreso, que por lo demas, para juzgarla habia que leerla, y acto continuo se empezó la lectura.

Este documento contenia la palabra *aliados* muchas veces repetida y usada de tal modo, que se aplicaba evidentemente á las potencias beligerantes que habian concluido el tratado de Chaumont contra Francia: Mr. de Talleyrand interrumpió la lectura en la palabra aliados y se explicó en esta forma. «Aquí yo no conozco aliados, porque los aliados suponen guerra, y la guerra acabó el 30 de mayo de 1814.» Luego oyó el documento en la actitud de un hombre que no comprendia cosa alguna, y á quien ciertamente no se podia acusar de carecer de entendimiento. Así desconcertó á los asistentes con aires de sorpresa, con preguntas renovadas una tras otra, hasta el extremo de reducir la reunion muy pronto á una confusion indecible. «Yo no sé, repitió, bajo qué concepto nos hallamos en este sitio, ni qué derecho

nos asiste para representar á todas las córtés; no sé quiénes son esos á quienes se da la calificación de aliados, y tomar sobre sí para dentro de un mes el aplazamiento del congreso, en vez de reunirlos al punto, para comprobar a lo ménos los poderes, salvo lo de fijar despues la formacion y la época del trabajo.» Mr. de Metternich respondió que por una palabra no formaba empeño, y que la de *aliados* procedía de la costumbre de pronunciarla. «Ya hay que variar esa costumbre, interrumpió Mr. de Talleyrand con viveza.» Prosiguiendo Mr. de Metternich, añadió, que de todos modos no se podía formar una asamblea deliberante, porque se necesitaba determinar quiénes serian los llamados, con qué título serian admitidos y el grado de participacion que se concedería á cada uno de ellos; que era imposible dar á un príncipe poseedor de cincuenta mil súbditos, el derecho de decidir los intereses de Rusia que poseía cincuenta millones; y que por último, se trataba únicamente de declarar la apertura del congreso y de pedir un mes de respiro para establecer el acuerdo entre los principales interesados, por medio de comunicaciones oficiosas y confidentiales.

Estas razones excelentes, si no ocultaran la segunda intencion de hacerlo todo entre cuatro, no produjeron al parecer grande impresion en el ánimo de Mr. de Talleyrand, que continuó mostrándose insensible á todos los argumentos. «Sin embargo, dijo Mr. de Metternich, nosotros no podemos hacer decidir por los príncipes de Lippe y de Liechtenstein los negocios de Europa.—Tampoco, replicó Mr. de Talleyrand, los podemos hacer de-

cidir por los representantes de Prusia y Rusia.»

Habiendo citado alguno á Murat como prueba de la dificultad de determinar los títulos de admision en el congreso: «No conocemos á ese hombre» interrumpió Mr. de Talleyrand con singular menosprecio, y con la holgura de un personaje á quien para nada embarazaba su pasado. En suma, hizo romper la conferencia sin ponerse de acuerdo, y dejando á todos en un extraño apuro.

Seguramente era un triunfo haber impedido rodar tan fácilmente al carro de las cuatro grandes potencias aliadas sobre el suelo de Viena. Pero no convenia llevar muy allá este triunfo, porque cualquiera que fuese la política adoptable, ó la de unirse á Prusia y Rusia para mejorar la situacion de Francia, ó la de unirse á Austria é Inglaterra para salvar á Sajonia, siempre había que segregar á dos potencias del total de cuatro, y con esta mira importaba no irritarlas, ni aun crearlas embarazos. Demasiado ruido habria con el anhelo que en divulgar esta escena pondrian todos los temerosos de ser excluidos, y ya alborozados de ver el proyecto de exclusion por el suelo. No se descuidaron en seguir esta conducta y por donde quiera fueron á contar la tentativa hecha para diferir aun la reunion del congreso, para concentrar entre cuatro potencias la direccion de los negocios, y la resistencia en que se acababa de estrellar la tal tentativa. Al revés *los cuatro*, y entre ellos con particularidad los prusianos, se dieron á repetir lo que ya habian dicho; que vanamente procuraba Francia disimular sus miras secretas; que en el fondo no estaba resignada al tratado de París mas que ficticiamente; que se do-

lia de la pérdida de la línea del Rhin y que deseaba embrollarlo todo con el fin de recuperarla; calumnia muy poco merecida y á la que hubo que responder de nuevo con afirmaciones de desinterés que eran un compromiso más de no desear ni pedir nada, fuera de lo que en el tratado de París se hallaba consignado.

Mr. de Talleyrand agravó esta especie de ruido con redactar una nota, si bien perfectamente redactada y de difícil refutación, en la que demostraba que ni seis ni ocho potencias, podían fallar por todas las otras; que sin duda, habiéndose convocado por el tratado de París á Viena, lo natural era que tomasen la iniciativa de la primera declaración; pero que esta declaración debía ser conforme á los derechos y á las conveniencias de la universalidad de los estados; que para que llenase esta condicion se necesitaba ante todo convocar á todos los plenipotenciarios, aunque no fuera más que para comprobar los poderes y constituir regularmente el congreso, que despues se podria ó dividirlos en comisiones para examinar las cuestiones que les interesaban particularmente, ó aplazarlos si para entenderse aún habia necesidad de algunas comunicaciones confidenciales; que esta primera reunion no tenia los inconvenientes que se daban por supuestos, porque los pequeños de ningun modo tenian la intencion de decidir los negocios de los grandes, y únicamente se limitaban á querer hacer los suyos; que á mayor abundamiento, si estos inconvenientes eran efectivos, lo mismo lo serian más tarde que ahora; que así convenia previamente reunirse todos, una vez á lo ménos, para comprobar los po-

deres, salvo lo de aplazarse á otro día, y que el oficio de los ocho signatarios del tratado de París debía consistir exclusivamente; primero, en convocar esta primera reunion; segundo, en determinar el título con que allí serian admitidos los plenipotenciarios.

Toda la trascendencia de este documento, lógicamente irrefutable, se hallaba en la proposicion postrera. Con efecto, Mr. de Talleyrand queria que se determinara el título de admision en el congreso, de manera de hacer admitir al representante del rey de Sajonia y de rechazar al del rey de Nápoles. Gran clamoreo hubo por parte de Inglaterra, Austria, Rusia y Prusia á la lectura de la nota francesa. En primer lugar todo lo querian hacer sin ruido y amigablemente, de miedo de advertir y de alborotar á los interesados; en segundo, la idea de reunir el congreso causaba una especie de estremecimiento á Prusia, que esperaba una tempestad si se reunian aunque no fuera más que los principes alemanes para hablarles de la supresion de la Sajonia. Ahora bien, esto equivalia más que á hablarles, pues virtualmente se resolvía la cuestion con admitir en el congreso al representante del rey Federico Augusto, como se resolvía la cuestion de Nápoles con rechazar al representante de Murat. Aunque este no inspirara interés á nadie, por parte de Mr. de Metternich era objeto de contemplaciones, que los malignos trataban de explicar por una extremada complacencia de este hombre de estado hácia la reina de Nápoles, pero se engañaban de todo punto y los verdaderos motivos eran otros. Mr. de Metternich se habia valido de sus relacio-

nes personales con el reino de Nápoles para atraerle á la coalicion, y de aqui resultaba por su parte un compromiso moral que no le permitia entregar á Murat, si éste no se entregaba por virtud de alguna grave falta respecto de Europa. Muy de prever era esta falta, y Mr. de Metternich queria esperar á que se consumase para no hacerse culpable de una especie de traicion. Además, habiendo reunido, por lo que pudiera suceder, en Bohemia, en Galitzia y en Moravia, doscientos cincuenta mil soldados, para apoyar su politica en contra de las pretensiones de Rusia y de Prusia, y no teniendo más que cincuenta mil en Italia, donde fermentaban todas las cabezas, y donde Murat tenia ochenta mil hombres, mandados en gran parte por oficiales franceses, no queria, segun expresaba muy sensatamente *prender fuego á la vez en todas partes*. Aun teniendo gran prisa en satisfacer acerca de la cuestion de Nápoles á Luis XVIII, la legacion francesa podia entrar muy bien en los cálculos del ministro austriaco, pues con miras no diferentes en lo sustancial de las nuestras, aspiraba á ganar tiempo, y mejor que nosotros sabia como componerse para llegar á este resultado.

Mr. de Gentz, violentísimo con la pluma en la mano, era infinitamente más moderado en las relaciones de negocios. De una legacion corrió á otra, especialmente visitó la de Francia, para lograr una conciliacion, pues conocia á la par que otros, que era necesario contemplar mucho á los descontentos, si se deseaba preaver un estallido. Se convino en verse de nuevo, y efectivamente se volvieron á juntar los seis en casa de Mr. de Metter-

nich. Lo primero que se pidió á Mr. de Talleyrand fué que retirara su nota, á la cual era difícil no responder, y todavía más difícil responder sin tocar á cuestiones extremadamente delicadas. Monsieur de Talleyrand se ocupaba en defenderse contra tal exigencia, cuando don Pedro Labrador puso término á la cuestion diciendo, que la supresion deseada era imposible, á causa de que ya habia enviado la nota á su córte. Cediendo entonces Mr. de Metternich á un movimiento de enojo, dijo mirando á Mr. de Nesselrode. «Yo creo que mejor hubiéramos hecho en tratar nuestros negocios á solas.—Como os plazca,» interrumpió Mr. de Talleyrand; y queriendo Mr. de Metternich que se explicase más claro, añadió estas palabras: «Ya no asistiré más á vuestras reuniones y como miembro del congreso aguardaré á que sea convocado.» Esto equivalia á anunciar que á la cabeza de los disidentes solicitaria Francia la reunion del congreso general negándose á sancionar cuanto se hiciese fuera. Por extremo grave era la amenaza. Asi deseando todos los asistentes no llevar nada al último extremo, se esforzaron por contenerse y por obrar con más mesura en sus deliberaciones. Tras de hacer Mr. de Metternich á Mr. de Talleyrand la observacion fundadísima de que nada estaba dispuesto, de que ninguna cuestion estaba desflorada, y de que seria embarazosísimo presentarse de esta suerte al congreso, le respondió Mr. de Talleyrand que relativamente á la epoca de la convocacion estaba pronto á rendirse y á conceder las tres ó cuatro semanas que se creian indispensables á fin de preparar el trabajo, pero á condicion de que se indicaria para más tarde

esta reunion general que no se queria actualmente, y de que se determinaria el principio de admision poco más ó ménos en esta forma: *será admitido el representante de todo principe que tenga territorios comprometidos en la última guerra, territorios de los cuales hubiera sido anterior y universalmente reconocido como soberano, y que no hubiera abandonado ni por cesion ni por abdicacion.*

Asi se volvia á caer en la dificultad de más bulto, porque este principio excluia á Murat, que no habia sido reconocido universalmente como soberano, y admitia al rey de Sajonia, que no habia abandonado sus territorios *por cesion ni por abdicacion.* Esto equivalia á zanjar una cuestion esencial por una cuestion de forma, respecto de los dos puntos mas difíciles que habia que resolver en el congreso. Asi es que se retiraron sin ponerse acordes. Al salir de esta reunion trató lord Castlereagh de hacer que Mr. de Talleyrand se diera á partido, insinuándole que con su tenacidad perjudicaba sin sospecharlo á las soluciones en que tenia mas empeño. Por desgracia, no queriendo declarar que Inglaterra y Austria estaban prontas á separarse de Prusia y Rusia, é ignorando el arte de decir las cosas con media palabra, no llegó á darse á entender. Mr. de Talleyrand habia avanzado de sobra para que pudiese retroceder facilmente.

Sin embargo, se experimentaba la necesidad de transigir por ambas partes, como que *los cuatro* reconocian que el proyecto de resolverlo todo por sí solos, admitiendo á *los ocho* ó á *los seis* por pura forma, ya era de realizacion imposible á la vis-

ta de tantos intereses alarmados; y aunque más animado que de costumbre, Mr. de Talleyrand conocia que, picando de continuo á Mr. de Metternich y á lord Castlereagh, y principalmente al primero, á quien no profesaba estimacion alguna, acabaria por unir indisolublemente á *los cuatro*, que empujados al último extremo se entenderian quizá sacrificando todos los intereses que tenia encargo de defender la legacion francesa. Dispuestos estaban pues á las concesiones, y á la vuelta de tres ó cuatro dias de nuevas idas y venidas, se acabó por transigir sirviéndose de la hábil pluma de Mr. de Gentz, y tomando algo del proyecto de declaracion de cada uno. De esta suerte se compuso una redaccion muy general y muy evasiva, que concedia á Mr. de Talleyrand, el de la reunion del congreso dentro de un mes, y á Mrs. de Metternich y de Hardenberg otro punto muy esencial de igual modo, el silencio sobre el principio de admision. Efectivamente, en esta declaracion, se decia que, habiendo las ocho potencias signatarias del tratado de Paris contraido el empeño de reunirse en Viena, lo habian cumplido, pues se hallaban allí, y ya habian conferenciado con los representantes de las diversas cortes interesadas, pero que necesitaban para ponerse de acuerdo más largas comunicaciones confidenciales, y así proponian aplazar el congreso para el 1.º de noviembre, y se reuniria despues de este plazo, y así se hallaria más en proporeion de llevar á cabo su tarea de una manera conforme al interés de Europa, á la expectativa de los contemporáneos y á la estimacion de la posteridad.

Redactado este proyecto, se convino en reunir-

se en casa de Mr. de Metternich el 8 de octubre, citando esta vez, no á seis de los signatarios del tratado de París, sino á los ocho, lo cual consistía en agregar los representantes de Suecia y de Portugal á los de Rusia, de Francia, de Prusia, de Austria, de Inglaterra, de España. Mr. de Metternich comprometió á Mr. de Talleyrand á ir una hora antes para entenderse acerca de la redacción definitiva. Con efecto Mr. de Talleyrand se adelantó á los demás plenipotenciarios, y le dijo Mr. de Metternich que había deseado aquella entrevista para que se pusieran de acuerdo sobre la redacción que se iba á proponer y que le satisfaría de seguro. Como la buscase y no la encontrara al pronto, le dijo Mr. de Talleyrand con una irónica sonrisa que animaba á veces su helado rostro:— «Al parecer se halla el documento para su comunicación *en casa de los aliados*.—No hablemos ya de aliados, respondió Mr. de Metternich,» y luego le exhortó á obrar con confianza, y á dar de mano á las tretas, si por comunes esfuerzos quería salvar idénticos intereses. Mr. de Talleyrand defendióse preguntando, cómo era que Mr. de Metternich le dejaba el cuidado de apartar á Prusia de Dresde y á Rusia de Cracovia. Le pudiera muy bien contestar Mr. de Metternich, que también era muy sorprendente ver á Mr. de Talleyrand darse tanta prisa á abogar por los intereses de Austria, y que no la fiase el cuidado de ponerlos á salvo. Pero convenía entenderse y no picarse. Mr. de Metternich se esforzó en persuadir á Mr. de Talleyrand de que, con tal de que se le dejase obrar lograría garantir los intereses que á la sazón parecían más amenazados. Queriendo Mr. de Talleyrand obligarle

á que se explicase más, precediéndole en las explicaciones le declaró que Francia nada quería para sí misma y que estaba pronta á firmar de consiguiente, pero que había cosas á las cuales por el interés general no asentiría nunca; que por ejemplo jamás se avendría á que Prusia tuviera á Luxemburgo y Maguncia, ni á que tuviera á Dresde, ni á que se dejara pasar el Vístula á Rusia. En cuanto al rey de Sajonia añadió ser fuerza que se resignara á sacrificios, y que se resignaría sin duda, pero que Francia se opondría á que se le quitara la totalidad de sus estados. Entonces interrumpiendo á Mr. de Talleyrand le dijo monsieur de Metternich cogiéndole la mano: «Más cerca estamos de entendernos que lo que se os figura. Prusia no tendrá á Luxemburgo, ni á Maguncia: cuanto esté á nuestro alcance haremos por conservar al rey de Sajonia la mayor parte de sus estados, y por tener lo mas lejos posible del Oder á Rusia, pero tened paciencia y no nos creéis obstáculos inútiles.» Acto continuo habló á Mr. de Talleyrand de lo que no hablaba éste, aun siendo su interés esencial, y le dijo de este modo: «No se me oculta el objeto principal que os mueve (aludia á Nápoles); á vuestro favor esta la fuerza de las cosas; pero no precipiteis nada ó engendrais sucesos graves que no podremos dominar vos ni yo, ni ninguno de nosotros.»

Acerea del asunto de Nápoles afectó Mr. de Talleyrand una completa tranquilidad de ánimo, diciendo que se trataba de una cuestión de principio, no de familia, y que contaba con el respeto que Europa se tenía á sí misma para estar seguro de que no toleraría por más tiempo en Italia un

estado de cosas, que era á la vez un escándalo y un peligro.

Esta corta explicacion dulcificó mucho á monsieur de Talleyrand, que se mostró sobremanaera más dispuesto á transigir desde este instante. Habiendo llegado los demás diplomáticos se fueron á incorporar á ellos. Presentes estaban Mr. de Nesselrode por Rusia, Mr. de Talleyrand por Francia, Mr. de Metternich por Austria, Mrs. de Hardenberg y de Humboldt por Prusia, don Pedro Labrador por España, Mr. de Palmelha por Portugal, Mr. de Löwenhielm por Suecia, Mr. de Gentz llevaba la pluma. Se leyeron los dos proyectos de declaracion pendientes de debate, el que Mr. de Talleyrand propuso al principio, y el redactado por Mr. de Metternich, adoptando parte de la redaccion francesa. Este último fué unánimemente preferido, porque anunciando para dentro de un mes la reunion general del congreso, en cuanto al principio de admision no prejuizaba cosa alguna. Conociendo Mr. de Talleyrand que habia que ceder al cabo, despues de obtener el punto más importante, esto es el compromiso de convocar el congreso, si bien deseando obtener otra ventaja mas antes de rendirse, anunció que estaba pronto á adoptar el proyecto propuesto, si á la frase donde se decia que por medio del plazo de un mes la obra del congreso seria más conforme, *á la expectativa de los contemporáneos se añadian estas palabras, y al derecho público de Europa*, las cuales, sin puntualizar nada, tenian en su mente una significacion que juzgaba de utilidad suma.

Estas palabras levantaron una tempestad. En ellas creyeron ver los prusianos una alusion á Sa-

jonía y á la conservacion de este reino, y se arrebataron de espanto y de ira. Verdad es que se invocaba el derecho público á fin de que sirviera de égida á Sajonia. Pero la alusion, clara para unos, era muy vaga para otros, y en todo caso la cuestion no se decidia con alusiones. Mr. de Hardenbeg, en pié, gritando como todos aquellos que no se oyen á sí mismos, ni oyen á los demás, repetia: «Pero qué necesidad hay de hablar del derecho público? Nada se hará contra el derecho público de cierto. Eso de sabido se calla...—Si de sabido se calla, replicó Mr. de Talleyrand, diciéndolo se sabrá mejor todavía.—¿Pero qué hace aquí el derecho público? preguntaba Mr. de Humboldt obstinadamente.—Hace que vos esteis aquí, repuso Mr. de Talleyrand; porque á no ser por el derecho público, no estariáis vos, ni otros.» Algunos minutos duró el tumulto y aquellos diez graves diplomáticos metian ruido como la asamblea más numerosa. Deseando acabar lord Castlereagh, llamó aparte á Mr. de Talleyrand, y le dirigió esta pregunta. «Sereis al fin más razonable, si se cede sobre este punto?—Si, dijo Mr. de Talleyrand, pero os he de pedir un servicio. Sobre Mr. de Metternich tenéis ascendiente; prometedme que lo empleareis contra Murat.—Os lo prometo, respondió lord Castlereagh.—Dadme vuestra palabra.—Os la doy.» Trás de este corto dialogo el ministro británico se fué á decir á sus colegas que era difícil negar la insercion de una frase tan respetable y tan inofensiva como la de *derecho público*. Monsieur de Gentz y Mr. de Metternich se dieron á repetir la misma cosa á cada uno de los asistentes, y la frase quedó adoptada. De consiguiente apro-

bóse el texto siguiente con fecha 8 de octubre

DECLARACION.

» Los plenipotenciarios de las córtés, que firmaron el tratado de París de 30 de mayo de 1814, han tomado en consideracion el artículo 32 de dicho tratado, por el cual se dijo que todas las potencias empeñadas de una parte y otra en la última guerra, enviarían plenipotenciarios á Viena, para arreglar en un congreso general los ajustes que deben completar las disposiciones del mismo tratado; y despues de reflexionar maduramente sobre la situacion en que se hallan colocados, y sobre los deberes que les están impuestos, han reconocido que de ningun modo los podrian cumplir mejor que estableciendo préviamente comunicaciones libres y confidenciales entre los representantes de todas las potencias. Pero al mismo tiempo se han convencido de que es interés común de todas las partes intervinientes suspender la reunion general de sus plenipotenciarios hasta que las cuestiones que han de ser resueltas lleguen á un grado de madurez bastante, para que el resultado corresponda á los principios del derecho público, á las estipulaciones del tratado de París, y á la justa expectativa de los contemporáneos. Por consiguiente la apertura formal del congreso, se aplazará para el día 1.º del mes de noviembre, y los susodichos plenipotenciarios se plisonjean de que el trabajo á que se dedica este plazo, fijando las ideas y conciliando las opiniones, adelantará esencialmente la grande obra que es objeto de su mision común.

» Viena 8 de octubre de 1814.»

» Sobre el sentido de las palabras *los principios del derecho público*, nadie se engañó en Viena, y cada cual creyó ver aquí una primera ventaja obtenida en provecho de la Sajonia. Asunto fué este de grande alegría para los alemanes, que con la sola excepcion de los prusianos, hacían votos ardientes por la conservacion de aquel estado. Aun entre los prusianos habia algunos, á quienes parecia la Sajonia una adquisicion comprada á caro precio, si habia que pagarla á los rusos con el abandono de la Polonia. Se agradecian á la legacion francesa sus esfuerzos por atajar la ambicion de ciertas potencias, y por hacer reconocer el derecho de todos los estados á ser oidos en el congreso. Más se debia atener á ese triunfo, no alcanzado si se exponerse á muy graves inconvenientes, y con particularidad el de repetir hasta la saciedad que nos hallábamos satisfechos, que nada teníamos que desear, y el de embarazar y hasta ofender á Inglaterra y Austria, de quienes indispensablemente necesitábamos en la política sobrado estrecha á que nos habíamos reducido.

» Sin duda, si hubiéramos abrazado resueltamente el partido de Rusia y de Prusia, lo cual aconsejaba la política, y no nos vedaba la justicia á nosotros respecto de la Sajonia, ni respecto de Europa, no tuviéramos que guardar tales contemplaciones, porque tan ardientes y tan poco reservadas andaban Rusia y Prusia, que no tuviéramos necesidad de reprimirlas más que ellas, y porque además, juntas las espadas de Francia, Rusia y Prusia, dispensadas estaban de prudencia. Pero, habiendo adoptado el partido contrario, el que únicamente consistía en salvar á la Sajonia, y á lo sumo en

desposeer á Murat y á Maria Luisa, fuerza era ple-
garse á las susceptibilidades, á las debilidades del
partido meticuloso á que nos habíamos asociado, y
no embarazarle por demasiado celo en servirle. En
efecto lord Castlereagh y Mr. de Metternich tem-
blaban de verse comprometidos, al obrar en el mis-
mo sentido que nosotros. Sobre todo Mr. de Met-
ternich recelaba que anduviéramos demasiado de
prisa, pues, segun ya se ha dicho, por tener dos-
cientos cincuenta mil hombres en Bohemia, en
Galitzia y en Moravia, no habia dejado más que
cincuenta mil en Italia, y no queria que viniese
la cuestion de Murat sino despues de la de Sajonia.
Los mismos alemanes, tan contentos á la sazón de
nosotros, exigian grandes miramientos, porque bajo
la impresion de la desconfianza antigua de Fran-
cia, siempre propendian á volvernos á cobrar mie-
do, si nos veian tornar á ser bulliciosos y activos
de sobra. Aun era tanto el temor de cooperar á
nuestros fines, que Mr. de Metternich y lord Cas-
tlereagh dirigieron sangrientos cargos á don Pedro
Labrador por haber modelado su conducta sobre la
nuestra, y le manifestaron que al proceder España
de esta suerte, acreditaba la más negra ingratitud
hácia Europa. Asi tras de echar abajo las exclusio-
nes ofensivas, como Mr. de Talleyrand lo habia
conseguido hábilmente, no convenia tomar la de-
lantera á gentes que necesitando de nuestra ayuda,
casi se mostraban tan recelosos de ser salvados por
nosotros, como de ser devorados por Rusia y Pru-
sia. A menudo sucede en la política lo que en el
comercio, la oferta envilece el precio de las cosas,
y el pedido lo hace volver á subir cuando se sabe
estar á la espera. Haciendo, pues, desear nuestra

ayuda en el asunto de Sajonia, que nos tocaba no
muy de cerca, seguros estábamos de hacernosla pa-
gar bien en los asuntos de Nápoles y de Parma,
que nos interesaban esencialmente, á lo ménos bajo
el punto de vista en que el gabinete francés se
habia colocado. Aguardar los intereses alemanes,
colocarse detrás de ellos y no delante era á la vez
la política más digna y más provechosa.

A mayor abundamiento distaban mucho de dor-
mirse estos intereses alemanes. Muy extraordinaria
animacion manifestaban las potencias germánicas
de segundo orden contra lo que llamaban la codi-
cia de Prusia, la tiranía de Rusia, la inhabilidad de
Inglaterra, y la debilidad de Austria. A la cabeza
de las más animadas se encontraba la Baviera. En
efecto, esta potencia tenia numerosos motivos para
no dejar que fuera sacrificada la Sajonia, cuya
existencia era necesaria para el equilibrio germá-
nico, y cuyo delito consistia en haberse sometido
á la alianza francesa, que por el contrario habia
la Baviera solicitado. De cierto, suprimida la Sa-
jonia, con los estados sobrevivientes era demasia-
do débil la Baviera, para resistir la influencia
de Austria y de Prusia, prontas siempre á unirse
cuando se trataba de avasallar el cuerpo germánico
á su dominio. Además de las razones para defender
á Sajonia, tambien tenia los medios de Baviera.
Fuertemente representada se hallaba en Viena.
Sin contar al rey que alli habia ido en persona, por
ministro tenia en el congreso al principe de Wréde
que, á pesar de algunas faltas militares, era uno
de los generales más justamente estimados de la
coalicion, y que gozaba de grande ascendiente. No
vacilaba en decir el principe de Wréde, con la